Para el primer tema del Concurso

¿CÓMO SE PODRÁ VIVIR SIN GOBIERNO?

Para poder vivir sin gobierno, es de imprescindible necesidad llevar dos cosas á la práctica. Primera: La Revolución social que expropie todos los bienes de la tierra y de la industria de la ínfima minoría de explotadores que los tienen acaparados en detrimento de la humanidad y los ponga á la participación de todos los seres humanos. Segunda: Que después que se haya expropiado á la burguesía, y la Revolución social haya salido triunfante, que acepte el pueblo unánime, el ideal Anárquico-comunista.

Mientras estas dos aspiraciones no las lleguemos á hacer prácticas, la sociedad engendrará tiranos: tiranos que tiranizarán en todo lo que puedan moral y materialmente en esta sociedad capitalista, y tiranos después de la revolución social, que ejercerán una coacción moral en los pueblos que no se haya aceptado el ideal anárquico, y que muy bien pudieran ser un peligro para la libertad, después de haberse derramado tanta preciosa sangre.

Estos tiranos que surgirán después de la Revolución social, que coaccionarán moralmente las conciencias y las voluntades de los demás individuos, no serán otra cosa que la consecuencia de las ideas diferentes que hoy nos dividen: Socialistas de Estado, Sindicalistas y todas las demás que hoy sirven de sostén, aún de que el capitalista la explotación del hombre por el hombre.

La tiranía de estos tiranos que hablamos, consiste en aquella que sigue paralela á la diferencia de ideas en la implantación de un sistema económico, que garantice á todos la libertad individual.

Si en todos los pueblos de la tierra, el sistema Anárquico-comunista fuese desechado por todos los pueblos de la tierra, se caería bajo una nueva tiranía, y ¿sabéis por qué?, pues por la imposibilidad de poderse demostrar prácticamente su grandeza.

Allí donde se cohiba la libertad del individuo poco ó mucho, resurgirá la fuerza de la sinrazón y la tiranía. En donde no exista comunidad de intereses, no podrá existir ni la libertad, ni la felicidad, ni la igualdad.

El lema de «A cada uno según sus necesidades, y cada cual según sus fuerzas» como derechos y deberes á cumplir por los hombres es la base fundamental de Comunismo-anarquista. Podremos practicarlo al *día* siguiente del triunfo de la Revolución social:

Creemos que no: las costumbres, los individuos faltos de una sana alimentación desde que nacieron y de salud, en fin, todos los males que padecemos hoy son un lastre pesado, y el bien que necesitamos no se recobrará ni en un año, ni en diez, sino que precisarán lo menos dos ó tres generaciones, educadas y desarrolladas en un sistema de libertad.

Lo que podrá suceder (y esto es lo que creemos), es que mientras la sociedad no llegue á su equilibrio natural, los pueblos se impondrán voluntariamente un determinado tiempo para producir todo aquello que necesitan, hasta que llegue el día que el hombre, sin esa imposición, no más que con la satisfacción de sus deseos, produzca más que con el tiempo estipulado por su propia voluntad.

Cuando esto suceda, se podrá practicar el lema «Cada uno según sus fuerzas, y á cada cual según sus necesidades», sin contemplar la disminución en la cantidad de producción de la Comunidad.

Entonces sí que la Anarquía habrá triunfado en toda la línea, y seguirá su marcha magestuosa entre los seres humanos, y éstos vivirán libres y felices.

H. GALINDO

Nueva York

Sobre lo de San Feliu

Posiblemente somos la menor cantidad de españoles, Y no en cuanto al número se refiere, sino en cuanto á la cualidad de tales hace.

Por eso uno cerramos los ojos á la razón, como el célebre fiscal de marras y como todos, pero absolutamente todos los políticos de nuestra tierra.

Los sucesos de San Feliu son una demostración palmaria de ello. Todos á una, excepción hecha — ¡naturalmente! — de los carlistas, culpan á éstos por tales sucesos. Y llegan á afirmar que los carlistas no merecen consideración de ninguna clase y deben ser perseguidos como alimañas dañinas y peor aun.

Los carlistas por su parte inculpan á los radicales, los que deben ser extirpados por completo en Barcelona y en donde quiera que los haya.

Y salvo en los cargos al gobernador por haber permitido la celebración de dos actos públicos simultáneos, en que casi todos coinciden más ó menos claramente, en lo demás se desbocan con una de odios, remoneración de hechos sangrientos, desafíos é insultos, que más que hombros dotados de razón parecen nuestros políticos—de gacetilleros arriba—copias auténticas del fiscal de referencia.

Nosotros, que somos cultores de la violencia, que según el común sentir y pensar de las gentes, nos levantamos empuñando el puñal, almorzamos dinamita, comemos obuses, cenamos dreagnouts y soñamos con el terremoto de la Martinica, vamos á escribir unos cuantos sensatos párrafos contra tanto bilioso, tanto desatino y tanta irracionalidad.

La culpa de todo lo ocurrido la tienen en primer lugar los jefes de los partidos en danza, por disciplinar, hasta la extinción del raciocinio, á las huestes que los siguen sugestionados por la verborrea apoplética de unos y el prestigio del derecho divino de los otros.

La culpa la tiene esa antigua creencia española de que matando y aterrorizando se matan las ideas, creencia que lo mismo la sustentan los comefrailes del anticlericalismo, que los liberales, los del carlismo y los anarcofobos del socialismo y el burguesismo de toda escarapela política.

La culpa la tienen quienes desafían á sus contrarios, les amenazan con barrerlos del planeta, y luego se conforman con ondear banderitas y dar vivas en tanto que los otros bien prevenidos les acechan como los cazadores á las perdices.

La culpa la tiene el matonismo que es carne del carlismo, matonismo ventajero y madrugador, de emboscada y sorpresa, más propio del bandolero que sortea la horca por el pan, que no de los partidarios de Don Carlos el Tercero.

Quien no tiene la culpa es el gobernador. Constitucionalmente no debía impedir la celebración de ninguno de esos actos. Y policialmente no tenía como ni prever el choque ni impedirlo, ya que las fuerzas de que dispone para el esponaje y la represión las tiene todas ocupadas en seguir los pasos á los anarquistas, vigilar sus domicilios y custodiar los locales obreros.

El gobernador tiene ya bastante con eso, y no es flaco el servicio que presta á Barcelona de ese modo, impidiendo que doña Huelga General pueda salir á la calle desde su casa de Solidaridad y que la señora Bomba pueda hacer explosión en la vía pública sin que la vea algún sabueso.

Venga acá la Razón y díganos si no estamos en lo cierto.

EL MOVIMIENTO OBRERO DE TARRASA

La huelga general

En Tarrasa existe un caciquismo medioeval que pretende destruir todo lo que vaya hacia el mañana.

Hace cosa de once meses el Sindicato del Arte Fabril presentó una demanda á los dueños de las fábricas que están organizados para oponer resistencia á todo lo que sea salirse de su criterio y se negaron á conceder la demanda; los trabajadores no contando entonces con fuerzas suficientes para vencer no quisieron ir á la huelga general y optaron por declarar la huelga á una sola fábrica por sorteo; la fábrica que le tocó fué la de García Humet, alcalde de aquella localidad: la huelga fué declarada y los obreros de las otras fábricas se comprometieron á no trabajar á los huelguistas mediante la cotización de una peseta semanal, y los patronos también acordaron sostener al capitalista con una cuota determinada, aproximada á la ganancia que obtenía con la explotación de sus obreros, y además han colocado en el Banco 12.000 pesetas de cada fabricante, con la condición de que si antes de un año alguno cedía á las pretensiones de los trabajadores perdería dicha cantidad.

La huelga á la casa del alcalde seguía su curso, y los demás fabricantes por medio de los *drapaires*, individuos salidos de la clase obrera, dueños de uno ó dos telares, le iban haciendo el trabajo á García, y entre tanto ponían en práctica un medio lok-out en todas las fábricas, haciendo trabajar á los obreros una semana sí y otra no, no dándole esto resultado.

Pasaron los meses y el movimiento parecía muerto pero surge de nuevo y se extiende á dos casas más. Esto saca de sus casillas á la burguesía capitaneada por el alcalde, el diputado y el banquero y se preparan para la defensa, comprometiéndose á hacer todos los géneros de las casas litigiadas; pero aquí fracasan en toda línea, porque las anudadoras se niegan á trabajar para aquellos burgueses; entonces surge el desaido de aquéllas y como consecuencia el paro de toda la industria textil, por falta de las anudadoras, que son el nervio de la producción, y en este caso son también el nervio de este movimiento.

En Tarrasa hay 10,000 trabajadores en huelga que la burguesía quiere sitiar por el hambre para vencerlos, cosa que se puede evitar si el proletariado español sabe sacrificarse una vez más y acude en su ayuda.

La burguesía ha apelado á todos los medios bárbaros para aplastar á los trabajadores; actualmente hay en Tarrasa 500 guardias civiles de á pie y á caballo que continuamente provocan á los trabajadores sin que éstos se dejen atropellar; pues han optado por abandonar la ciudad, dejándola desierta para evitar los derramamientos de sangre.

Este movimiento tiene algo de sordo y esto es debido á las circunstancias. Esta huelga podía haber sido violenta en parte y acaso ya hubiera terminado con la victoria de los trabajadores; pero la victoria tendría un simple aspecto; la mejora económica; pero esto no es todo. Este movimiento de lucha económica tiene dos aspectos: la conquista de mejoras y la bancarrota del caciquismo; ahora ha sido el dueño de vidas, haciendas y conciencias de los habitantes de Tarrasa, y, los trabajadores, con la conquista de la mejora, destruirán también el caciquismo.

Por otro lado el caciquismo quiere reventar á los trabajadores y al mismo tiempo arruinar á algunos fabricantes pequeños que viven al crédito, con el propósito de crear un *trust* para dominar á los trabajadores y al pueblo.

En este terreno, esta lucha dará el triunfo á los trabajadores, sino se les abandona y se les presta solidaridad, y con ello ganarán las ideas nuevas y ocurrirán á proletariado hacia su punto final: la emancipación económica y social.

ELOY TREPAT

Los albañiles de Madrid

Los albañiles de Madrid han abandonado su pacífica actitud de huelguistas bien educados socialísticamente.

Han maniobrado directamente y de un modo que no ha dejado en duda á la policía, al gobierno, los burgueses y los jefes obreros de la casa del pueblo.

A la hora en que escribimos este artículo, comentario forzoso de ese cambio de procedimientos, no sabemos como terminará la huelga—de ya larga duración—en que los albañiles madrileños andan metidos.

En realidad son pocos los movimientos obreros que comentamos.

Y la razón es obvia. Convencidos como estamos de que en tanto el salariado no desaparezca seguirá el malestar económico del proletariado, así como en tanto no sea extinguido el principio de autoridad habrá opresores y oprimidos, vemos en las huelgas una forzosa consecuencia del malestar social y un saludable medio para que los trabajadores se vayan desengañando de su impotencia para mejorar este desastroso régimen y convencíndose de la fuerza que tienen para destruirlo. Pero esto, aun apareciendo una paradoja, es una verdad incontrastable, ya que si las mejoras, sólidas y permanentes, son imposibles y por lo tanto no cabe reforma en el régimen, empléese la fuerza que se quiera para ello, en cambio tienen los trabajadores fuerza más que sobrada para derribar ese régimen y montarlo de nuevo en forma más adecuada á sus necesidades, intereses y espíritu de equidad y justicia.

Hay algunos movimientos gremiales que, sin embargo, comentamos. Son aquellos en los cuales se hace perder lastimosamente el tiempo á los trabajadores, sin que de ellos puedan sacar deducción alguna provechosa, engañados como suelen estar por un espejismo legalitario que impide ver la realidad de las cosas.

Entre estos movimientos figura el de los albañiles de Madrid. Durante un largo tiempo han confiado en vencer la resistencia patronal á fuerza de paciencia y subsidios. Se contaba para ello, entre otras razones, con la muy atendible á primera vista, de que la mayor parte de los aparejadores carecen de grandes capitales. Y así, se pensaba, la lucha entre el céntimo y el millón quedaba reducida á la modesta proporción del céntimo á la peseta y aun tal vez el real ó la perra chica.

La verdad de las cosas ha sido muy otra. Los albañiles se han comido sus céntimos, y los pobres aparejadores parece que aun no han concluído sus pesetas ó que tienen suficiente crédito comercial para que las pesetas duren como duros ó como libras esterlinas ó aun más.

Resultado: que así como el refrán dice «que en donde no hay harina todo se vuelve tremolina», los albañiles, ya sin cuartos, se han alborotado y recurrido á la acción directa, que por ser tardía puede muy bien no darles el resultado pertinente, puesto que muy bien puede considerarse como un efecto de la desesperación y tras la cual sobreviene generalmente el desmayo, la postración y por consiguiente el vencimiento.

En cambio, cuando al iniciarse una huelga es el entusiasmo quien mueve á la acción, el desaliento no se produce inmediato ni fatalmente y el mantenerse directamente se repite á poco tal que aun cuando los burgueses no se rindan, tienen presente para otro conflicto el antecedente y antes bien tratan de que no se reproduzca que no de provocarlo.

Los albañiles de Madrid es probable que no repitan los hechos que comentamos. Y sus patronos no tendrán inconveniente en lanzarlos á la calle en cualquier ocasión puesto que los consideran impotentes.

De todos modos y sea cual sea el resultado de la actual contienda, ¿para qué sirven las cajas de resistencia, si en cuanto se quedan exhaustas, hay que recurrir á la acción directa ó someterse humildemente?

Esas cajas significan un esfuerzo, sudor proletario, inutil para la lucha y no parece cuerdo realizarlo para después tener que hacer otro esfuerzo más; el de la acción.

Entendemos que uno de los dos sobra. Y desde luego que sobra el menos útil para la lucha y el triunfo; es decir, el tesoro social.

Invertírase el dinero en propagar, en instruir, en crear conciencia y la utilidad sería manifiesta ya que en los conflictos futuros actuarían hombres de más en más convencidos de su derecho y por lo tanto más fuertes para luchar y vencer.

Esto es tan elemental, que parece mentira sea necesario repetirlo. Empero es preciso, porque los socialistas se han empeñado en lo contrario y no es fácil llevar al animo de los trabajadores ideas cuando la sugestión de los jefes los tiene adormecidos.

Y los jefes bien saben que lo más peligroso para sus jefaturas son la conciencia, la instrucción, la propaganda enciclopédica.

Por eso á Marx lo tienen en retratos y no en libros y folletos al alcance de todos los trabajadores.

De todos modos nos congratulamos de que los albañiles hayan dado al traste con su propia paciencia y sacudido sus enyesadas blusas.

Patriotismo

Si alguien supusiera en mí falta de honradez ó de veracidad, sus palabras me herirían en lo vivo; pero si dijese que no soy patriota, le oiría impasible. «¿Es que usted no ama á su país?» se me preguntará. Contestaré despacio.

La temprana abolición de la servidumbre en Inglaterra, la pronta aparición de instituciones relativamente libres y el reconocimiento más completo de las pretensiones populares después que la decadencia del feudalismo había emancipado á las gentes del suelo, son timbres de gloria que deben nos ser para orgullo. Cuando se decidió que cualquier esclavo que pusiese el pie en Inglaterra recobraría *ipso facto* la libertad; cuando prohibióse la importación de esclavos en las colonias; cuando se pagaban 20 millones para emancipar á los esclavos en las Indias occidentales; cuando, con poca prudencia, es verdad, se mantenía una escuadra para perseguir la trata, nuestra patria realizaba actos dignos de ser admirados. Y cuando Inglaterra abrió sus puertas á los refugiados políticos y abrazó la causa de los pueblos que luchaban por la libertad, demostró nobles cualidades merecedoras de elogio. Mas, por desgracia, la mayor parte de los sucesos que en los últimos tiempos sugieren reflexiones muy distintas. La manera como Inglaterra ha adquirido dominio sobre ochenta posesiones — establecimientos, colonias, protectorados — no puede ser motivo de satisfacción. El tratado de los misioneros á los agentes residentes, luego á funcionarios que capitanearían fuerzas armadas, después al castigo de los que se resistían á someterse, y, por último, á la llamada «pacificación», este proceso, decimos, de anexión, ya gradual, ya repentina, de que son ejemplos la nueva provincia india y la Barutzilandia, declarada colonia hace, con tan poco respeto á la voluntad de los habitantes como si se tratara de las bestias que abundan en el terreno, no despierta sentimientos de simpatía hacia sus autores. El amor á la patria no se sobrepone en mí al recuerdo de que, después de declarar nuestro gobierno ministro de compromiso de honor el ayudar al Jedive á recuperar el Sudán, no bien efectuada la reconquista, comenzó á administrar aquellos territorios en nombre de la Reina y del Jedive, es decir, que realmente nos los anexionamos; ni al de que, no obstante haber prometido dos ministros de las colonias no intervenir en los asuntos interiores del Transvaal, reclamamos insistentemente la adopción de ciertas reformas electorales, convirtiendo la resistencia que encontramos en pretexto de una guerra asoladora. (1) Ni estimo digno de alabanza el carácter nacional que se manifiesta en la ovación popular tributada á un jefe de filibusteros, ó en la concesión de los honores universitarios á un archiconspirador, ó en los ruidosos aplausos con que los estudiantes saludan al que se burla de la «dudosa rectitud» de aquellos que se oponen á los planes de agresión. Si purque mi amor á mi patria sobreviste la lectura de semejantes cosas contrarias, me motejan de antipatriota, perfectamente, acepto gustoso el epíteto.

El grito «¡con nuestra patria, tenga razón ó no!» lo juzgo detestable. Por su asociación con el amor de la patria, el sentimiento que expresa parece legítimo; pero quitándole la máscara se ve que es odioso. Observemos los casos alternativos.

Supongamos que el derecho nos asiste, que resistimos una invasión. Entonces la idea y el sentimiento encarnados en aquel grito se ajustan á la equidad. Puede, en efecto, sostenerse que la propia defensa, no sólo está justificada por ley de un deber. Supongamos ahora, por el contrario, que nuestro país es el agresor; que nos apoderamos de territorios ajenos, ú obligamos por las armas á una nación á recibir productos que no necesita, ó apoyamos á algún agente para que castigue á los que han limitado ó aplicaríamos la ley del talión. Supongamos que hacemos algo que, por hipótesis, admitiremos que es malo. ¿Qué querrá decir entonces, «con nuestra patria, tenga razón ó no?» El derecho no es nuestro, sino de nuestros contrarios; la injusticia no es suya, sino nuestra. ¿Cómo, pues, traducir el grito «¡con nuestra patria!» Evidentemente de esta manera: «¡abajo el derecho! ¡arriba la justicia! En otras relaciones de la vida, semejante combinación de ideas se estima el colmo de la maldad. Existía entre nuestros antepasados, y aún existe en muchas personas, la creencia en el principio personificado del mal; la creencia en un sér que recorre incesantemente el mundo luchando contra los buenos y ayudando al triunfo de los malos. ¿Puedes sintetizarse mejor las aspiraciones de este sér que con la frase «¡abajo el derecho! ¡arriba la injusticia!» ¿Les gusta el paralelo á nuestros seudo-patriotas?

Hace algunos años se me presentó ocasión de expresar mis sentimientos — de antipatrióticos, sin duda, serán calificados — en términos que causaron asombro. Era la época de la segunda guerra del Afghanistan cuando, persiguiendo lo que creíamos «nuestro interés», invadimos aquella comarca. De pronto, se supo que nuestras tropas estaban en peligro. En el Ateneo, un militar muy conocido — entonces capitán y hoy general — me leyó el telegrama que daba la noticia, revelando en su acento que esperaba verme participar de su ansiedad. Mi contestación le dejó absorto. «Cuando los hombres, dije, alquilan sus brazos para matar á otros hombres por obediencia, sin preguntar si la causa que se disponen á servir es justa, no me importa que maten ó sean víctimas.»

Preveo la objeción que va á hacérsseme. Si se acepta ese principio, se alegará, no es posible que haya ejército: el Gobierno quedará indefenso. No puede permitirse á los soldados que juzguen de la razón con que la batalla se empeña. Si tal se hiciese, destruída la organización militar, el país sería presa del primer ambicioso.

No tan de prisa, replicaré. En una guerra de defensa nacional, el ejército sería tan útil como ahora. Entonces cada soldado tendría conciencia de la justicia de su causa. No se comprometería á esparcir la muerte entre hombres que no sabía si peleaban con razón ó sin ella, y á herir hombres que eran reos de agresión manifiesta contra el mismo y sus compatriotas. No se opondría resistencia á la guerra agresiva, sino á la defensiva.

Puede decirse naturalmente, y decirse con verdad, que si no hay guerra agresiva, no hay guerra defensiva. Es claro, sin embargo, que una nación puede limitarse á la última, aunque otras naciones no hagan lo mismo. Por tanto, el principio es válido.

Pero aquéllos cuyo grito es: «¡con nuestra patria tenga razón ó no!» y que agregarían á las ochenta y pico de posesiones incorporadas otras adquiridas por iguales medios, verán con disgusto esta restricción de la acción militar. Para ellos no hay locura más grande que practicar el lunes las máximas que profesan el domingo.

HERBERT SPENCER

(1) Vemos repetir lo transparente excusa de que los bores cometieron la guerra. Ya el extremo Oeste de los Estados Unidos, en donde cada cual se defiende solo á sí propio y se entienden bien los tiros de aquella, se considera como agresor al que primero mueve la mano en dirección de sus armas. La aplicación es obvia.

A los esclavos del terruño

¡Escuchad por un momento, escuchad!

Ya es hora de que los que sentimos ansiosos deseos de redención nos apresuremos á reorganizar nuestro Centro, para que no caiga completamente en la ruina, imprimiéndole una marcha progresiva hacia las corrientes modernas del procedimiento sindical.

Los decir, reorganizadores y obreros en general, que es menester que nos alejemos de la política porque ella «es el arte de prometer y no dar», y nosotros no debemos crearnos enemigos por ayudar á quitar unos para poner otros, sino preocuparnos de nuestro mejoramiento material y cultural.

Instrucción primero, más salario después y menos horas de trabajo.

Con que ya lo sabéis, esclavos del terruño y demás esclavos en general, es preciso hacer con el Centro lo que dicen que dijo Cristo á Lázaro: «¡levántate y anda!».

CÁNDIDO, ROSA FLORES

Campillos

A cañonazos

Por creerlo de oportunidad, reproducimos el presente artículo:

De esta suerte es como se va realizando, sin protesta de Europa, la «obra pacífica y civilizadora» en Marruecos. Parece que los moros no tenían derecho á cerrar sus puertas ante el extranjero. El extranjero las abre á tiro limpio. ¿Con qué conciencia iríamos los españoles á secundar esta labor invasora? ¿Nosotros los idólatras de la independencia que hemos hallado en ella nuestro mejor título de gloria! Un santón algo penetrado de nuestra historia ¿no podría reprocharnos nuestra inconsecuencia? Y atenerse, á nombre de más civilizados, contra la independencia ajena, quienes en tal estima tuvieron la propia?

Abrir mercados es ahora la consigna. Para abrir mercados fué Inglaterra á la India, y Egipto en las propias barbas de Europa. Para abrir mercados Francia, después de haber tragado á Túnez en un *tour de main*, se cuela en el Tonquín, se insinúa en Madagascar, y se mete en el Sudán, adonde, como para «pacificar» abrir mercados la reflexiva Alemania se apresura á acotar su partija en el continente negro, temerosa de quedarse *in albis*. Por seguir la moda de la hora se ha hecho también Italia. Hemos de sentó bien las costuras. Abrir mercados fué el pretexto invocado por el difunto Mac Kinley para quedarse con lo nuestro. Para abrir el mercado de Marruecos, los franceses de Algeciras decidió, sin motivo ni derecho, del porvenir del imperio mogrebino. «Abramos mercados», tal es la fórmula de este adorable tiempo en que vivimos.

Bien asombrosa la desenvoltura con que las naciones que se tienen por civilizadas tratan á aquellas que consideran como bárbaras. Recuerdo ahora un magnífico artículo de Mme. Severine en que la ilustre escritora francesa protesta con noble indignación contra la odiosa política de rapiña y despojo que llaman colonización. Sin provocación, sin motivo, sin más móvil que su ardiza y sin otra ley que su castigo, los que así mismos se denominan cultos entran en el territorio de los que denominan bárbaros, talan, asolan, matan, destruyen, hasta que conquistan y se imponen. Estos pueblos así tratados tienen un gobierno, un orden social á su modo, costumbres, sentimientos, amores, creencias. Nada se respeta. Su patriotismo es ferocidad, su amor á la libertad salvajismo, su fe superstición. Todo lo que en nosotros es santo y venerando es en ellos absurdo y despreciable. No son europeos, no son blancos, no son cristianos, no tienen derecho á vivir. Se les persigue, se les elimina, se les caza. ¿Y les juzgamos bárbaros! Sería curioso saber cómo ellos nos juzgan á nosotros.

¿Que no es eso lo que se trata de hacer con los marroquíes? Vaya en gracia. Pero aquellos indígenas repugnan el trato europeo ó al menos no le quieren con la intimidad y frecuencia con que tratamos de importarlo. ¿Por qué no respetar lo que rechazan y hacer de la melinita un símbolo de fraternidad? Yo no conozco más que un derecho. Sería peregrina la pretensión de aquellos vecinos que, á pretexto de que un sujeto reshuye su trato y comercio, comprenden á hachazos las puertas del recalcitrante y le obligaran á aceptar por fuerza una relación social que le enocora. ¿No sería mejor atraer, seducir, incitar por la cultura y la persuasión á una comunidad de que sus propios enemigos han de obtener positivas ventajas? ¿Se trata de violentar los sentimientos arraigados de una raza ó se trata de exterminarla para gozar de sus despojos?

La violencia tiene también su lógica.

A nombre de una superioridad más ó menos cuestionable é invocando hipócritamente una misión civilizadora se empieza por sojuzgar á tribus dispersas, sin coherencia ni organización, reducidas á la miseria, tendidas en la animalidad. Luego se destruyen sociedades verdaderas, grandes imperios, con sus ejércitos, sus leyes, usos y religión como lo fueron un día los de los Aztecas ó los Incas. Después ¿por qué no? se pasa á dar el golpe de gracia á naciones caducas, moribundas, incapaces de renovación como se dice ser Marruecos. De esto á atacar á nuestros hermanos en Cristo no hay más que un paso. Los Estados Unidos nos dicen que para que gusto en gobernarnos se atenga á nosotros y nos echan. Inglaterra dirá cualquier día á Portugal que, en interés de la civilización vale más que no sea el quien explote las colonias. En rigor de lógica aquel pueblo que sería más culto, el mejor, el más rico ¿es en definitiva el más fuerte debería según este sentido dominar el mundo?

He aquí donde ha conducido el ideal de humanitarismo con que se inició la historia contemporánea. El despojo de las naciones elevado á ley, el derecho de gentes convertido en guiñapo, el *bellum omnium contra omnes* de Hobbes hecho dogma de las relaciones de los pueblos. Hemos de sentó bien las costuras. Abrir mercados fué el pretexto invocado por el difunto Mac Kinley para quedarse con lo nuestro. Para abrir el mercado de Marruecos los franceses de Algeciras decidió, sin motivo ni derecho, del porvenir del imperio mogrebino. «Abramos mercados», tal es la fórmula de este adorable tiempo en que vivimos.

Bien asombrosa la desenvoltura con que las naciones que se tienen por civilizadas tratan á aquellas que consideran como bárbaras. Recuerdo ahora un magnífico artículo de Mme. Severine en que la ilustre escritora francesa protesta con noble indignación contra la odiosa política de rapiña y despojo que llaman colonización. Sin provocación, sin motivo, sin más móvil que su ardiza y sin otra ley que su castigo, los que así mismos se denominan cultos entran en el territorio de los que denominan bárbaros, talan, asolan, matan, destruyen, hasta que conquistan y se imponen. Estos pueblos así tratados tienen un gobierno, un orden social á su modo, costumbres, sentimientos, amores, creencias. Nada se respeta. Su patriotismo es ferocidad, su amor á la libertad salvajismo, su fe superstición. Todo lo que en nosotros es santo y venerando es en ellos absurdo y despreciable. No son europeos, no son blancos, no son cristianos, no tienen derecho á vivir. Se les persigue, se les elimina, se les caza. ¿Y les juzgamos bárbaros! Sería curioso saber cómo ellos nos juzgan á nosotros.

¿Que no es eso lo que se trata de hacer con los marroquíes? Vaya en gracia. Pero aquellos indígenas repugnan el trato europeo ó al menos no le quieren con la intimidad y frecuencia con que tratamos de importarlo. ¿Por qué no respetar lo que rechazan y hacer de la melinita un símbolo de fraternidad? Yo no conozco más que un derecho. Sería peregrina la pretensión de aquellos vecinos que, á pretexto de que un sujeto reshuye su trato y comercio, comprenden á hachazos las puertas del recalcitrante y le obligaran á aceptar por fuerza una relación social que le enocora. ¿No sería mejor atraer, seducir, incitar por la cultura y la persuasión á una comunidad de que sus propios enemigos han de obtener positivas ventajas? ¿Se trata de violentar los sentimientos arraigados de una raza ó se trata de exterminarla para gozar de sus despojos?

La violencia tiene también su lógica.

A nombre de una superioridad más ó menos cuestionable é invocando hipócritamente una misión civilizadora se empieza por sojuzgar á tribus dispersas, sin coherencia ni organización, reducidas á la miseria, tendidas en la animalidad. Luego se destruyen sociedades verdaderas, grandes imperios, con sus ejércitos, sus leyes, usos y religión como lo fueron un día los de los Aztecas ó los Incas. Después ¿por qué no? se pasa á dar el golpe de gracia á naciones caducas, moribundas, incapaces de renovación como se dice ser Marruecos. De esto á atacar á nuestros hermanos en Cristo no hay más que un paso. Los Estados Unidos nos dicen que para que gusto en gobernarnos se atenga á nosotros y nos echan. Inglaterra dirá cualquier día á Portugal que, en interés de la civilización vale más que no sea el quien explote las colonias. En rigor de lógica aquel pueblo que sería más culto, el mejor, el más rico ¿es en definitiva el más fuerte debería según este sentido dominar el mundo?

He aquí donde ha conducido el ideal de humanitarismo con que se inició la historia contemporánea. El despojo de las naciones elevado á ley, el derecho de gentes convertido en guiñapo, el *bellum omnium contra omnes* de Hobbes hecho dogma de las relaciones de los pueblos. Hemos de sentó bien las costuras. Abrir mercados fué el pretexto invocado por el difunto Mac Kinley para quedarse con lo nuestro. Para abrir el mercado de Marruecos los franceses de Algeciras decidió, sin motivo ni derecho, del porvenir del imperio mogrebino. «Abramos mercados», tal es la fórmula de este adorable tiempo en que vivimos.

Bien asombrosa la desenvoltura con que las naciones que se tienen por civilizadas tratan á aquellas que consideran como bárbaras. Recuerdo ahora un magnífico artículo de Mme. Severine en que la ilustre escritora francesa protesta con noble indignación contra la odiosa política de rapiña y despojo que llaman colonización. Sin provocación, sin motivo, sin más móvil que su ardiza y sin otra ley que su castigo, los que así mismos se denominan cultos entran en el territorio de los que denominan bárbaros, talan, asolan, matan, destruyen, hasta que conquistan y se imponen. Estos pueblos así tratados tienen un gobierno, un orden social á su modo, costumbres, sentimientos, amores, creencias. Nada se respeta. Su patriotismo es ferocidad, su amor á la libertad salvajismo, su fe superstición. Todo

A propósito de una polémica

Todos los que, en mayor ó menor grado, se interesan por los problemas culturales y especialmente por el de la pedagogía, con el fin de darle el vigoroso impulso que su importancia requiere é imprimirle una sana y firme orientación, mediante una serie de concienzudas investigaciones, habrán seguido, indudablemente, con sumo interés el curso é incidentes de la polémica que sobre el problema de la enseñanza se ha sostenido desde las columnas de este periódico y las de *Acción Libertaria*.

No es mi intención terciar en esa polémica, ni pretendo formular gratuitas *afirmaciones* para ayudar á esclarecer tan elevada cuestión, ya demasiado embrollada, desgraciadamente, sin que nada lo justifique, y de cuya confusión nada práctico ni beneficioso ha de resultar para la pedagogía ni para nadie, ni, á pesar de que así nos lo han asegurado.

Aunque también pudiera expresar mi opinión referente al tema debatido, ó que se debate, y aun reconociendo la importancia del mismo, renuncio á hacerlo en estos momentos por ser mi intención el hacer resaltar y poner de manifiesto otro aspecto del problema, y formular con todo ello algunos comentarios ú observaciones, por si resultan útiles en uno ú otro concepto. Y como al intentarlo pudiera muy resultar que desagradaran mis apreciaciones á algunos compañeros, ó, cuando menos, no estuvieran conformes con ellas, me decido á hablar por mi cuenta y riesgo.

Es en extremo sensible y hasta poco favorable á la idea el hecho de que algunos compañeros discutan apasionadamente desde el periódico por nimios, por insignificantes detalles de una cuestión que por su calidad debiera estar alejada de toda pequeñez, y que, por simplicidad, es por el directamente á lo que constituye su servio, su base. Porque este es el caso: á través de todos los trabajos que sobre aquel tema van publicados puede notarse, por poco que se observe, la convergencia de todos en el punto principal, es decir, en el concepto concreto de lo que debe ser la escuela. Haberse desarrollado la discusión, teniendo en cuenta á cada momento este hecho, y no apartándose un solo instante de lo esencial de la cuestión y ésta hubiera dado tal vez positivos resultados. Pero nos hemos empeñado en discutir extensamente lo que debe ser el fondo constituye más que puerilidades, que en la práctica se convierten fácilmente, y de una en nada pueden difícultar la solución del problema, y hétenos metidos innecesariamente en un embrollo de palabras y definiciones capaces de desorientar y producir desaliento al que con paciencia y voluntad haya meditado las mazonas aportadas en pro y en contra. Y mientras discutimos acaloradamente sobre la instrucción, yo pregunto: ¿dónde están las escuelas? ¿Sorprende á alguien la pregunta?, puede que así sea, mas no importa. Porque es preciso que pensemos también en ello; sabemos por unos y por otros que la instrucción que debiera ser mío, lo que debemos contestarle según las preguntas que haga y otros muchos detalles, pero ¿nos hemos preocupado de averiguar la imperiosa necesidad que hay de proceder á la organización de escuelas libres ó racionales (como mejor quiera llamárseles), visto el escaso número de las que existen, debido á nuestra desidia y la nuestro abandono? ¿El esfuerzo y el tiempo que invertimos en llenar cuartillas para discutir sobre la enseñanza, lo hemos aprovechado alguna vez para que solidarizándolo con otros esfuerzos y con otras voluntades podamos fundar la escuela libre donde se carezca de ella, para sustraer á la influencia política y religiosa los niños destinados á recibir la terrible dosis de preocupaciones y de embrutecimientos que ha de dejarles inútiles para la lucha por la vida, destruyéndoles toda iniciativa personal?

Ya señalé en otro lugar nuestra falta de escuelas y el deber que todos tenemos de recurrir inmediatamente á medios eficaces para suplir nuestra falta; pero aunque haya quien no pueda sufrir ciertos conceptos, hay que decirlo con entera sinceridad: nos hallamos, respecto á este punto, en un estado de lamentable abandono. Mientras todos reconocemos á coro el inmenso valor de la escuela y la profunda influencia que ejerce indiscutiblemente en el niño, mientras abogamos para que se haga propaganda á favor de ella y su número se multiplique, permanecemos cruzados de brazos y abandonamos nuestros propios hijos á la [illegible] pública, donde serán nutridos con toda clase de prejuicios dominantes.

¿Qué importa que el número de escuelas sea ínfimo é insuficiente, si sabemos en cambio lo que debemos enseñar al niño, desde lo más importante á lo más pueril!... Esto no se dirá, naturalmente, en letras de molde, pero resulta verdad en la práctica y es lo más dolo oso.

No se diga que el mal apuntado no existe, como se ha hecho á menudo con otras cuestiones; para el que está acostumbrado á observarlo todo superficialmente, tal vez negándolo quedará ya satisfecho y tranquilo, pero para el que ama la verdad y ha [illegible] problema detenidamente no [illegible] en la práctica, es preciso reconocer una negación escueta de un mal que ha trascendido ya á la superficie. ¿Cómo repararlo? No perdiendo el tiempo en pretendidas definiciones ni en discutir sutilezas que en nada pueden perjudicar ni desvirtuar la esencia de la cuestión, y de las energías que movilizamos en la propaganda societaria, destinar algunas de ellas á la organización de escuelas para que con el impulso de todos se pongan éstas á la altura que su importancia y su misión requieren. Entiendo que será obra más fecunda y duradera.

Diré, finalmente, que á pesar de cuanto ocurra en el campo de nuestras ideas no podrá hacer cambiar de criterio ni retroceder en el camino emprendido á los que estamos convencidos de nuestra misión y somos conscientes de nuestros actos; pero siguiendo el mismo proceder que en la mencionada polémica, ¡á cuántos de los que empiezan á iniciarse en nuestras ideas, y no están aún bien preparados, desorientaremos hasta producirles el cansancio y les induciremos á abandonar nuestras filas, en las cuales tan eficaz colaboración pudieran prestarnos!

FEDERICO FRUCTIDOR

Sindicalismo y progreso intelectual

Las luchas sostenidas por los gremios obreros no son de pobres consecuencias en el terreno de los progresos intelectuales del pueblo

Con certeza se ha sostenido siempre en las obras sociológicas y en los artículos de periódicos y revistas de filiación revolucionaria, que el ambiente y los medios de vida influyen en el modo de ser de los individuos y de las colectividades.

No se requiere ser sabio enciclopedista, profundo filósofo y sociólogo, para hacer resaltar el determinismo social: la hipótesis es ya conocidísima, tiene bases seguras, y no presenta dudas á los positivistas.

Por la observación de los hechos y por las estadísticas está comprobado: que los atentados á la propiedad ocurren según la situación económica; que las rebeliones á la autoridad corresponden al grado de opresión política; y que correlativamente al estado de cultura intelectual, de bienestar, de libertad y de paz, se exteriorizan los sentimientos y se manifiestan las costumbres y las actitudes de las gentes.

Negarlo equivaldría á caer en el absurdo y á contradecir una realidad constatada en nuestros días.

Por lo tanto, es lógico deducir que al mejorar determinadas situaciones sociales, deben experimentar cambios las condiciones mor